

LA DOMINACION TOTAL

Gonzalo Portocarrero*

La creciente popularidad (1) del testimonio oral en las Ciencias Sociales corresponde a una etapa de desencanto y búsqueda, pero no todavía de encuentro. Con tanto énfasis en las explicaciones estructurales y en lo económico, desaparecieron los hombres concretos con el potencial transformador de su conciencia y libertad. En su reemplazo, se asumió que su comportamiento podía ser representado por esquemas simples del tipo estímulo-respuesta. En esta perspectiva, para mencionar un caso típico, se suponía, por ejemplo, que la crisis económica con la resultante caída en los ingresos y condiciones de vida llevaría a la protesta y a la movilización. De hecho, estos supuestos fueron cómodos para legitimar una Ciencia Social que no tratara de los hombres sino como agentes o soportes de la estructura y que, con esta simplificación, aspiraba

* Profesor del Departamento de CCSS de la PUC. El autor quisiera hacer constar su agradecimiento a los doctores Alberto Flores Galindo y César Rodríguez Rabanal. Al primero, por el estímulo a tratar este tipo de temas; al segundo, por haberle permitido asistir a su seminario sobre Psicoanálisis y al examen de los casos que él supervisa.

- (1) Un primer antecedente es *Erasmus* biografía de un Yanacona negro del valle de Chancay publicada por el Instituto de Estudios Peruanos en 1974. La biografía de Gregorio Condori Mamani —recopilada por Ricardo Valderrama y publicada por el Centro Bartolomé de las Casas— promovió una polémica y un impacto seguramente duradero en sus lectores. Recientemente se han publicado *Catac Ccaos* de Jacobo Cruz (Piura, 1982) y *Memorias de un viejo luchador: Juan H. Pévez*, recopiladas por Teresa Oré (Ed. Tarea, Lima, 1983).

a formular leyes o cuanto menos definir tendencias estructurales (2). Esta pérdida del sujeto comenzó a ser lamentada cuando las numerosas sorpresas de la realidad hicieron evidente que, sobre todo en momentos de crisis, ésta no se deja atrapar por formulaciones generales. En leyes cuya pretensión de validez implica pasar por encima de la indeterminación y libertad específicas de la acción humana para reafirmarse sólo en la casualidad externa, en lo que Sartre llamaba lo "práctico-inerte". No, las razones del comportamiento humano son más complejas y no se reducen al simple reflejo automático frente a un hecho externo. Entre la imposibilidad de las leyes y lo irrelevante de la mera erudición, la apuesta al testimonio biográfico aparece motivada por la promesa de lograr comprender, sin reducciones, el intercambio entre lo personal y lo colectivo y, gracias a ello, entender más plenamente la realidad y su historia.

El análisis social de los individuos permitiría reconstruir los procesamientos biográficos de los condicionamientos sociales que, en tanto resultan comunes para un grupo, un lugar y una época, basan la necesidad de una Psicología Social. Ciencia que, penetrando en la mentalidad individual y de grupo, tendría que llenar el vacío dejado por la crisis de los esquemas conductistas y las leyes que ellos fundamentaban. Esto es, explicar el comportamiento no sólo a partir de lo externo sino también considerando que la subjetividad individual y social es un hecho irreductible y productor de efectos específicos y relevantes que, a su vez, necesita ser explicado. En esta perspectiva, podemos ver la vida individual como "... una praxis que se apropia de las relaciones sociales (las estructuras sociales), las interioriza y las retraduce en estructuras psicológicas por su actividad desestructurante-reestructurante" (3).

(2) En un texto escrito hacia fines de los 50, Hannah Arendt decía: "Lo malo, de las modernas teorías del behaviorismo no es que sean erróneas, sino que podrían llegar a ser verdaderas, que en realidad son las mejores conceptualizaciones posibles de ciertas claras tendencias de la sociedad moderna". *La Condición Humana*. Ed. Seix Barral. Barcelona 1974. p. 420. En el Perú de 1984, cuando el caos es lo cotidiano, este peligro se siente como remoto.

(3) Franco Ferraroti "Acerca de la Autonomía del Método Biográfico" en Jean Duvignaud, *Sociología del conocimiento*. Fondo de Cultura Económica. México, 1982.

No obstante, estrecho sería el criterio de quien considerara el testimonio biográfico sólo como un método o material, aún cuando básico, para la Psicología Social o para un conocimiento más íntimo de la historia. De hecho, es también un relato que, por inmediato y cálido, constituye una forma muy rica de comunicación humana, en la que se narran hechos, se transmiten valores y se participan sentimientos. La empatía que desarrolla el lector al acceder a la interioridad de una persona le facilita comprenderla, esto es, reconstruir la lógica que une sus circunstancias con su carácter y decisiones.

Lógicamente, el testimonio es siempre y necesariamente parcial, "en toda acción —dice Dante— lo que intenta principalmente el agente, ya actúe por necesidad natural o por libre voluntad, es explicar su propia imagen". En el caso del testimonio, lo que se busca es aprobar una hipótesis, enfatizar que —pese a todo— el yo está muy cerca de los ideales que lo encaminan. Más sistemáticamente puede decirse que el testimonio es doblemente subjetivo. Por un lado, es un recuento de los hechos protagonizados —actuados, percibidos y sentidos— por una persona. Por el otro, estos mismos hechos son retenidos selectivamente por la memoria y luego relatados por un yo que busca reafirmarse y justificarse ante un semejante y, por medio de él, ante sí mismo. Por ello es que, como fuente para la reconstrucción de hechos históricos, su empleo es cuestionable. Pero su valor radica, ante todo, en ser la puerta principal a la subjetividad individual y social. Para servir de base al estudio de las esperanzas, las ansiedades y los proyectos de un grupo social. Para tender el puente que vincule orgánicamente el estudio de las estructuras con el de las acciones.

Una oportunidad de introducirnos en esta perspectiva es el libro *Basta* que es una colección de 23 testimonios de empleadas domésticas de la Sierra Sur. Publicado por el Centro Bartolomé de las Casas y producido por el Sindicato de Trabajadores del Hogar del Cuzco, está dedicado a la memoria de Egidia Laimé Jancco, quien fuera principal organizadora del sindicato. De ella se transcriben algunos pensamientos de los que extraemos el siguiente que es muy significativo: "Compañeras: no basta conseguir una vida mejor para nosotras, sino hasta cambiar esta so-

ciudad. Siempre vamos a conseguir con sangre, nunca con paz ni conciliación" (p. 15).

Aunque la introducción es muy poco explícita en cuanto a la metodología empleada, se señala, al menos, que en la recopilación de las biografías interesaron "... dos rupturas ejes de estas vidas. La primera la arranca de su familia y de su medio, reduciendo su horizonte a la casa de la patrona. La segunda la vincula al sindicato, ensanchando su conciencia a la dimensión de su clase" (p. 23). A pesar de que siempre sea necesario focalizar una entrevista, más aún cuando se trata de presentar una problemática social a través de biografías individuales, resulta lamentable la relativa ausencia de aspectos subjetivos donde se explicita la forma en que son vividas las circunstancias. De hecho, el poner énfasis en la narración de acontecimientos en desmedro de su significación personal, disminuye la posibilidad de empatía y comprensión que pueda generar el lector con este sufridísimo grupo social.

Son tantos los temas que los testimonios abordan que todo comentario ha de ser por fuerza unilateral. En realidad, *Basta* constituye una ventana abierta de donde se pueden divisar aspectos esenciales de la realidad del Perú profundo así como de la del Perú mestizo y urbano y, sobre todo, la relación entre ambos. Entre ellos puede señalarse la dinámica familiar del mundo andino, el funcionamiento de las relaciones serviles en las haciendas serranas y la mentalidad campesina. No obstante, es muy claro que el tema central es la relación, a la vez étnica y de clase, entre patronos y sirvientas en el contexto del hogar de la clase media urbana y andina. En lo que sigue, se harán algunos comentarios acerca de la naturaleza y dinámica de la dominación para hacer luego algunas precisiones sobre un problema central: la concientización. Como se verá, ésta implica la revalorización de la propia vida a la luz de una alternativa nueva que sólo es interiorizada como posibilidad después de mucho sufrimiento y lucha.

Una lectura corrida y poco reflexiva del texto despierta sentimientos de indignación, pena y admiración. En un mundo marcado por la escasez y la violencia, el ser mujer, india, menor y abandonada o entregada por los padres —en todo caso, sin su apo-

yo— es la peor de todas las posiciones sociales. Desde tan abajo, el mundo es ciertamente horrible. Estar allí es ser el último extremo de la cadena de explotación. Es ser candidato ideal para sufrir mil vejámenes, para ser basurero donde los demás desahogan sus frustraciones, para recibir un afecto escaso y manipulatorio, para —en fin— dejar de ser humano y convertirse en una máquina de trabajo. No obstante, también admiración porque el sufrimiento no destruye la esperanza ni las humillaciones la dignidad, porque en algún momento despierta una voluntad de lucha y de solidaridad en vez del abatimiento y del mero ventajismo personal. Finalmente, pena por lo irreparable del sufrimiento y también por el odio, resentimiento y deseos de venganza, macerados todos en el dolor de una opresión total. Otros “pagarán mis lágrimas” se dice una empleada verbalizando así un sentimiento que otras no se atreven a objetivar con tanta claridad, pero que sin duda comparten.

A continuación, trataremos de reconstruir un testimonio típico que, sin ser exacto a ninguno, toma elementos representativos de todos. La niña pertenece a una familia numerosa, las condiciones de vida son miserables y desde muy pequeña su infancia queda mediatizada; en vez de juego, trabajo: ayudar al padre en el campo, a la madre en la casa. En un momento determinado la niña es “entregada” sea a cambio de una mensualidad para la familia, sea en cumplimiento de una promesa arrancada a los padres a través de la intimidación o creación de falsas expectativas. Otras veces es ella misma la que se entrega huyendo de una situación familiar frente a la cual todo opción es mejor. En el mundo de la pobreza la explotación suele ser mayor y los lazos de parentesco la pueden legitimar y exacerbar. La familia receptora, representada con frecuencia por la señora “madrina”, se compromete a tratarla como a una “hija”, velando —supuestamente— por su desarrollo físico e intelectual.

Comienza, entonces, un verdadero calvario. La patrona, el centro del mundo de la empleada, suele ser una amiga “protectora” de la familia o también una prima o tía de la niña, o, con menos frecuencia, una persona que se encuentra por casualidad. El “señor” es un terrateniente, o un comerciante, o un maestro, o un militar, o un empleado bancario. En cualquier forma, el trato es el mismo: una profunda vocación autoritaria heredada

del gamonalismo, o en todo caso identificada con su espíritu, caracteriza la mentalidad y comportamiento de los sectores medios. Para las empleadas, los patrones son identificados tanto por su situación económica: ricos, ricachones, platudos; como también por su pertenencia étnica: gringos, señores, blancos, mistis.

Al inicio de la relación patrón-sirviente hay una fase característica, una suerte de seducción que se prolonga en una corta luna de miel. Antes de apoderarse de la persona de la empleada la señora promete: "nada te va a faltar, todo tengo", "como a una hija más te voy a tratar". Retrospectivamente, las empleadas dirán: "boquita linda para engañar tenía". Lógicamente, esta primera y breve fase servirá para que la empleadora evalúe los recursos y capacidad de defensa de su sirvienta y se asegure de su control. Constatado el hecho de que está frente a una persona que carece de medios de resistencia, empieza entonces a implementarse la estrategia de dominación total. Ella está encaminada a hacer de la niña un robot (4) sumiso y obediente, que nunca se duerme sin antes haber agotado todas sus energías y que es, además, el desfogue donde se descargan las frustraciones de los impulsos sexuales y agresivos de sus patrones.

En general, los patrones no parecen dar absolutamente nada que no se les haya reclamado con insistencia y están dispuestos, en cambio, a avanzar en el control de la empleada hasta donde ella lo permita. Con esta finalidad se emplean una serie de tácticas. La primera es procurar el aislamiento de la sirvienta y su reclusión dentro de la casa. Para ello se trabaja en dos frentes: se prohíben las salidas y, paralelamente, se satanizan las amistades o los espacios de donde puede venir una palabra amiga, un consejo liberador. Se trata, pues, de eliminar tanto la posibilidad objetiva como el deseo subjetivo. "Te enseñan malas cosas, no debes juntarte". "No vas a conversar con nadie, la tertulia trae todo, arruina la vida". "El día que quieras salir a la puerta de la calle, te voy a llevar a la PIP, allí te van a hacer pasar corriente". "Son unas correteadoras". Se trata de algunas expresiones características que tratan de crear una imagen del mundo aún peor de lo que éste puede ser para una empleada.

(4) Es muy instructivo saber que la palabra **robot** es de origen polaco y que en esa lengua significa siervo de la gleba.

Asustarla, crearle desconfianza, reducir sus relaciones personales para que no tenga posibilidades de comparación; son medios para impedir que escape.

Está también la expropiación sistemática del tiempo libre. El juego es asimilado al ocio y cuanto más aguanta la sirvienta más se le exige. La sobreexplotación campea con descaro al interior de estos hogares; en realidad, ella es otro mecanismo para convertirla en una máquina. "Yo vendía pan en triciclo en las mañanas, desde las seis hasta las once o diez de la mañana. Se alquilaba un horno. También lavaba su ropa de seis o más personas, cocinaba, atendía a los bebés, dos ya también. En la noche pelaba hartas papas para la pensión, hasta las doce de la noche". Las continuas exigencias van de la mano con la desvalorización de la empleada y de su trabajo, ello justifica jornadas de 12 ó 14 horas al día. Pese a trabajar sin descanso los patrones "nada haces", decían.

Una tercera táctica es la violencia verbal y física. Se busca, por su intermedio, suscitar el terror y la obediencia. También destruir el orgullo personal, creando la sensación de ser indefensa y absolutamente dependiente. Para ello todo vale: las manos, los pies, el látigo, el aji, el agua hervida, la plancha y otros objetos contundentes. "Si yo quiero, yo te mato y tú tienes a nadie quien te reclame, yo te puedo matar nomás, yo puedo hacer lo que me da la gana contigo. Yo puedo hacer lo que quiero". Todas las empleadas, a excepción de una, manifiestan haber sido brutalmente golpeadas. En el caso de Bonifacia el resultado fue su muerte.

La violencia verbal es más frecuente y se refiere, generalmente, a lo étnico. "India, chola puta" es el insulto más típico. Con él y otros similares se busca, eventualmente, lograr mantener una distancia con la empleada, esto es, deshumanizarla; desidentificarse con la persona que hay en ella justificando así la explotación y eliminando posibles sentimientos de culpa. También realzar la autoestima a través de vivenciar su poder sobre el otro. La violencia, fuera de ser un "instrumento pedagógico" con el que programar una cotidianidad, es igualmente una reacción irracional ante una vida signada por frustraciones como es la de los señores y señoras: En realidad, se produce una cadena de despla-

zamientos donde la empleada es el último eslabón. "... su esposo era bien malo. De borracho le pegaba a la señora, entonces la señora de cólera se desfogaba en mí". Ante el maltrato, la empleada debe callar y bajar la cabeza. "A ver contesta, ¿quién te estará enseñando a contestar?". No sólo las relaciones en el hogar están calcadas sobre el modelo de la hacienda sino que el nivel social en que interactúan los patrones también se caracteriza por la escasez, la frustración y la arbitrariedad. De otro lado, el abuso sexual es frecuentísimo y las criaturas de la empleada con el patrón o los hijos de éste la terminan de atar. "Si es que va a tener un hijo ya no vamos a pagar, porque no va a poder salir de aquí por no separarse de su hijo. Entonces, los hijos se aprovechan de la empleada a fin de que siga trabajando año tras año sin ganar sueldo. Allí hay explotación bastante, pues" (p. 85).

Por último, está también la manipulación del afecto. En un medio a la vez pequeño y lleno de carencias se genera una sed tan grande por ser alguien ante los ojos de otro que un mendrugo de cariño se convierte en algo inapreciable por el que se está dispuesta a dar todo. La dependencia afectiva de los patrones o de un hijo de ellos hace más difícil la posibilidad de escapatoria. Eventualmente, las lleva a ser presas fáciles de donjuanes que merodean parques, establecimientos comerciales y colegios. Bastan, muchas veces, unas frases —una oferta de protección y cariño— para que las empleadas se sientan realmente muy felices. Después de la seducción y el bebé resultante viene, por lo general, el abandono. Sin embargo, el hijo se convierte en esperanza y motivo de preocupación que de alguna forma la compensa de una vida tan difícil, dándole un sentido a sus sufrimientos y actividad. "En realidad me alegro de tener mi hijo, porque cuando estaba sola no tenía voluntad para trabajar, lo único que quería era salir, no sé, tenía unas intenciones ¿no? pero, en cambio; trabajo con más voluntad ahora" (p. 101).

En síntesis: aislamiento, sobreexplotación, violencia y manipulación afectiva componen la fórmula con la que se trata de convertir a una persona en una máquina. Pero, a pesar de tanta adversidad, no hay desesperanza ni suicidios y, en medio de la explotación, la rebelión se abre paso. Hay, entonces, dos preguntas que responder. Primero: ¿Cómo personas, seres humanos, pueden soportar esta situación y, además, sin un deterioro irreversible de

su autoestima? Segundo: ¿Cómo logran escapar del terrible poder que las rodea?

Para responder la primera ofrecemos dos pistas. Una de ellas es que el hogar paterno constituye, la mayoría de las veces, una escuela donde se aprende la resignación ante el sufrimiento. La segunda, como se verá, se refiere a la vida imaginaria. Al interior de las familias campesinas que entregan a sus hijas se reproduce en micro la dinámica social en la que viven. Es decir: terror y veneración frente al poder, individualismo y, por último, explotación y violencia sobre el más débil. No hay, pues, con frecuencia, una ruptura profunda entre el hogar en que han nacido y la casa en que van a servir.

Lo miserable de las condiciones de vida y la permanente agresividad en las relaciones sociales, en la que los débiles llevan siempre la peor parte, generan una mentalidad fatalista en la que la vida es sufrir y el destino el que Dios mande. "Porque actualmente mi papá dice: 'Es así la vida'. La gente siempre se ilusiona que la vida es así; sufrir hasta la muerte, y así me decían" (p. 138). Esta mentalidad prepara a su dueño a esperar siempre lo peor, a estar permanentemente entrenando para el sufrimiento. A poder vivir cotidianamente con el dolor, asimilarlo y neutralizarlo para que no dañe. Este estar listo para el sufrimiento permite aislarlo para que no choque ni destruya.

Otra forma de conjurar el dolor y la frustración es la compensación fantástica. Gilbert Durand atribuye a la fabulación la delicada tarea de lograr un equilibrio entre los deseos y las frustraciones. "El Psicoanálisis clásico ya había comprobado, en la concepción de la sublimación, el papel amortiguador que cumple la imaginación entre la pulsión y su represión. Sin embargo, el Psicoanálisis Freudiano que contentaba, por la desvalorización de que se hacía objeto a la imagen, con verificar la estructura equilibrante del proceso de sublimación, pero insistía en demistificar las aberraciones imaginarias de las neurosis reduciéndolas a su causa temporal y reemplazándolas por el encadenamiento positivista de los hechos biográficos de la primera infancia. En un sistema tal, y salvo en el caso de la sublimación, la imagen es más un obstáculo para el equilibrio que un coadyuvante eficaz"

(5). El equilibrio que la fantasía contribuye a establecer no es sólo personal sino, ante todo, social. En efecto, a semejanza de las frustraciones que no son accidentes personales sino productos típicos y recurrentes de una estructura social (de una distribución de los recursos y el poder), las fabulaciones que permiten el equilibrio están también fuera del individuo como stock disponible a ser elaborado personalmente. Entre ellas la más importante es, naturalmente, la religión.

De hecho, no es casualidad que la más sufrida del grupo, Fortunata, diga: "...no hay justicia para mí, como soy huérfana de padre y madre, solita estoy, no tengo defensa. Ellos sí tienen plata. Mi papá es el Señor Jesús-Cristo. Ahora sigo en el Cuzco, no puedo trabajar. Estoy mal de mi cuerpo, de mis pies. Cuando trabajo, se hinchan mis pies. Pero el Señor Jesús-Cristo estaba en la cárcel de la nada, y yo también de la nada estuve en la cárcel. Ahora me falta que me maten como él, en público, pensando como el Señor Jesús-Cristo pensaba, en todo lo bueno, no en la maldad. Yo feliz muerte voy a morir porque he sufrido en la cárcel y en todas partes. En mi cuaderno he escrito la verdad. mi sufrimiento lo sabe el Señor. Tiene poder en este mundo. Sabe la verdad". En esencia, estas fantasías son una defensa contra una realidad abrumadora y que al darle un sentido al sufrimiento y afirmar una esperanza permiten mantener un cierto equilibrio. Son, como diría Bruno Bettelheim instrumentos mediante los que el hombre busca afirmar un sentido y hacer significativa, subjetivamente valiosa, su propia vida (6).

Tal situación se da también en el *Sueño del pongo*, cuento corto de José María Arguedas. Un indio sirviente, al que su patrón le tiene especial ojeriza por su humildad y recóndita dignidad, sueña que en el otro mundo San Francisco dispone que su patrón sea recubierto con miel y él con excremento. Terminada la operación, el santo ordena que ambos deban lamerse, el uno al otro. por la eternidad. En el sueño, la tortilla se vuelve y esta expec-

(5) G. Durand *La imaginación simbólica*. Ed. Amorrortu. Bs. As. 1971 p. 128. Durand es fundador y activo animador del laboratorio de estudios sobre lo imaginario.

(6) Ver del autor: *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Ed. Grijalbo, México 1980. También *Sobrevivir*, Ed. Crítica, Grupo Editorial Grijalbo, Barcelona 1981.

tativa del más allá como el mundo de acá —pero al revés— es la que le da su fortaleza al pongo.

Para hacer una tipología de las formas de dominación legítima, Weber consideraba que lo pertinente era inquirir por los motivos que impulsaban tanto a exigir como a practicar la obediencia. En este sentido, distinguía la dominación racional de la carismática. La primera, basada en la creencia en la legalidad de las normas y, por lo tanto, de los derechos de ellas emanadas. La segunda, fundamentada en el puro afecto, "en la mera inclinación personal del súbdito hacia la autoridad" y en la convicción de ésta de llevar a cabo una misión sagrada. En el caso que nos ocupa, sin embargo, estaríamos ante una situación que se acerca más al tercer tipo, a la dominación tradicional. En su forma más pura, ella depende de la creencia en la santidad de los ordenamientos y los poderes señoriales existentes desde siempre (7). No obstante, la realidad es siempre más complicada que la teoría y ésta —tal como lo pensaba Weber— no es más que una guía para penetrar, sin perderse, en el laberinto de lo particular. Conviene, entonces, regresar a los testimonios.

En efecto, ¿por qué el patrón se cree con derecho a ser servido? ¿por el pago de una remuneración? Pero el pago es relativamente nuevo y, además, no totalmente extendido puesto que, cuando niñas, la mayoría de las empleadas no recibían nada. Antes, en la época de la hacienda y del pongaje, las niñas eran entregadas indefinidamente y sin sueldo. El hecho es que —pese a ello— los patronos encuentran natural el usar y abusar de la empleada. Tratan de pensar que le están haciendo un favor porque ella es india e ignorante, porque es pobre, porque en su tierra nada tiene y acá está mucho mejor. La empleada, mientras tanto, obedece porque está acostumbrada a hacerlo, porque se cree inferior, porque tiene miedo y vive asustada, porque le tiene cariño al bebé o a la patrona.

Encontramos, entonces, una dominación que cuando es vivida como legítima es sobre todo tradicional, pero existen también elementos racionales que tienden a convertir su situación en la

(7) Max Weber, *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica. México 1974. p. 170 y ss.

del trabajador libre que puede, al menos, escoger su patrón. Igualmente presente está el elemento afectivo, la identificación emocional con el mundo de los señores a través del cariño hacia uno de ellos. Pero la costumbre y la resignación son, la mayoría de las veces, lo más importante. "Así tratan mal siempre, así será su trato pues". Lo existente es lo único concebible. Ante la explotación de sus padres por el hacendado una chica, instintivamente, se rebela e interroga acerca del por qué de las cosas. Los padres la reprimen, "no podía hacer más preguntas", dice ella. En verdad, le dan a entender que las cosas son como son y no hay ninguna explicación. "Y así, lo que cultivaban los campesinos no era todo para ellos, sino mitad nomás, y además tenían que trabajar en la hacienda, así hacía mi papá. De eso nunca hablaban mis papás, nadie sabía pues. Estaban como dormidos, porque nadie se daba cuenta, ningún campesino. Por eso mismo el hacendado explotaba, por lo que no se daban cuenta. Así le era más fácil abusar". Lo rutinario, la costumbre sin sorpresas, termina por ser invisible.

La rebelión es, en esencia, el relativizar el estado de cosas, el dejar de verlo como algo ineludible o necesario, el empezar a enjuiciarlo y vivenciarlo como una injusticia, el sacudirse el yugo que obliga a bajar la cabeza. Si se piensa así, el castigo, la humillación duelen más y son mucho más atentatorios contra la autoestima. A partir de ese momento la vida deja de sentirse como algo ajeno y el destino comienza a ser asumido como algo que se tiene entre manos. Pero, ante todo, ¿cómo se da la ruptura?

La conciencia de la vida que llevan se genera siempre a partir de un diálogo con una amiga con quien pueden ensayar a ser ellas mismas. El lugar puede ser la esquina, el parque, el colegio, el sindicato. Con frecuencia, lo que sensibiliza al mensaje es una situación límite; una golpiza tremenda, un abuso sexual llevan a que en su fuero interno digan: ¡no más, basta! Desde ese momento, la empleada esta ya dispuesta a revalorizar sus condiciones y transformar sus actitudes. "Señora, yo no soy un animal para que me haga trabajar tanto". Si uno se da cuenta ya no puede seguir explotada. La rebelión significa ponerse "machita" y comenzar a contestar en vez de bajar la cabeza. En seguida, el trato con la patrona es redefinido o, con más frecuencia, la empleada

se fuga buscando protección en su tierra, en otra casa o en el sindicato. "El día que abras la boca a la patrona para contestarle aunque sea que le des un lapo a la vieja, si ella lo necesita realmente, te respeta. Eso bien claro es" (p. 147).

Es muy significativo que la metáfora "estaba como dormida" sea tan recurrente como medio de explicar lo que antes acontecía. Es decir, antes era oscuro y confuso, ahora las cosas son claras. Tampoco es gratuito que con la rebelión se genere la necesidad de una ilusión más terrena, un hijo o el sindicato y la lucha contra la explotación. Su conciencia de la situación llega a ser muy clara: "Claro, ellos piensan que no somos iguales, ellos piensan que los decentes valen mucho más que los pobres, o sea, creen que los pobres somos una basura de ellos, que ellos valen mucho más que nosotros" (p. 159).

El enfrentamiento es, simultáneamente, un hecho biográfico y social. Si bien es cierto que hasta los diez o doce años no hay posibilidad de rebelión, también lo es el que la expansión de las ideas democráticas y el surgimiento de alternativas de ocupación son decisivos. Las creencias democráticas —igualdad ontológica de los seres humanos y autonomía de cada uno de ellos— han ido subvirtiendo el viejo orden tradicional. El Gobierno del General Velasco fue muy importante en este sentido. Es así que el Sindicato de Trabajadores del Hogar fue reconocido en 1972. Paralelamente, las empleadas comienzan a existir como sujetos de derecho para las autoridades. Sus reclamos si no resueltos son al menos atendidos y hasta no falta quien, en el mundo oficial, les tenga simpatía. La dominación tradicional ha entrado en una crisis definitiva.

¿Qué cicatrices deja una vida así?, ¿Hasta qué punto el saldo es odio, resentimiento, deseos de venganza? La ideología del sindicato, cuya idea-fuerza consiste en que nada se consigue si no es a cambio de sangre, resume bastante bien el sentir espontáneo de sus bases. Una empleada constata que mientras sus patrones tienen tres televisores a ella le dan sólo un café aguado como toda comida y reflexiona: "Esas cositas que tienen, algún día se acabarán, no durarán... así son esa gente, yo los conozco. Pero los odio con toda mi vida. Veo en la calle, peor que a mi enemigo que me habría hecho algún

daño, los odio bastante. A los campesinos explotan peor que un perro. Ni a un perro así le hacen. La gente pobre habla idioma quechua; ellos dicen que no saben hablar quechua. Van al campo: ¿Qué dice ese indio? ¿Qué dice ese cholo? Yo no entiendo. Así hacen, son muy creídos; que se han hecho muy españoles, no sé por cuánto. Eso es lo que hacen ellos" (p. 189).

Para finalizar, hoy dos temas que parecen convenientes subrayar en función de lo que hoy acontece en el Perú.

a) El ensañamiento con el débil. La violencia es mucho más que un castigo, inclusive más que un desfogue, para muchos es un placer (8). Aunque el abuso parece estar ampliamente esparcido en el Perú, es claro que se concentra en el trato con los débiles. La explicación de ello debe ser tema prioritario para una Psicología Social de la sociedad peruana. Desde el punto de vista sociológico, el sadismo es posible allí donde se produce una enorme concentración del poder y donde, por tanto, hay grupos totalmente indefensos. Pero una posibilidad no es todavía una realidad. En Psicoanálisis se dice que el sadismo va invariablemente acompañado —al menos en alguna medida— por el masoquismo y que suele corresponder a la satisfacción de una pulsión de dominio, a la eventual necesidad de sentirse omnipotente haciendo sufrir al otro. La historia peruana abunda en episodios en los que el ejercicio de la violencia es un fin en sí mismo. Sobre todo en la conquista, cuando, por ejemplo, los indios eran quemados o cazados con perros, con frecuencia por el simple gusto de hacerlo. El resultado de esta inclinación sádica, el odio, parece en cambio, más fácil de entender ya que es la respuesta natural a la opresión o marginación que no tienen ya legitimidad para el que las sufre. Como después de todo vivimos en una cultura cuyos principales ideales éticos son cristianos, es de esperar que el sadismo tenga como consecuencia el sentimiento de culpa.

(8) "Una fecha no había hervido el agua rápido; la calentadora chica contenía seis jarras de agua y estaba hirviendo ya. La Sra. Santosa me la quería echar en mi cara y el primus lo ha apagado tirándolo en el suelo. Me echó el agua en mis pies todo. He gritado fuerte todavía. La Sra. Santosa se ha reído... Yo seguía gritando. En las noches me ponían un palo para que no me toquen las ropas. Caminaba con mis manos y mis rodillas, tenía que coser las ropas y pelar papas. Me hacían trabajar" (pp. 65-66).

b) Sólo en Geografía tiene el término *andino* una significación limitada y clara. En otras disciplinas tiene aún un sentido místico, una resonancia imaginaria que más parece consecuencia de una intención reparatoria que la alusión a un cuerpo definible de hipótesis. La extensión rápida de un término, se dice, es síntoma del surgimiento de un nuevo estado de conciencia. En el Perú, la popularización del término *andino* corresponde a la revalorización de esa presencia indecible que no se sabe bien lo que es, pero que se llama lo "andino".